

FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, MARINO

José CERVERA PERY
Director de la Revista de Historia Naval

En la vida de Martín Fernández de Navarrete hay un claro y aleccionador ejemplo de un hombre dedicado a la insigne misión de servir a la patria desde el honroso oficio del marino de la Real Armada, pero su vinculación a la historia, la dimensión de su cultura y profundidad de pensamiento hace que este compromiso con las armas no se realice de una forma simplemente ordenancista, rutinaria o anodina, sino con toda la entrega que implica su ejercicio continuado en simbiótica simultaneidad con el quehacer de la pluma y la impronta de su erudición, no sólo en los momentos duros y gloriosos de la guerra caliente, sino también en los períodos en que la paz permite el balance oscuro y a veces ignorado de la superación en el esfuerzo, de aquí que a los ciento cincuenta años de su fallecimiento, la personalidad de Fernández de Navarrete siga irradiando una influencia directa en el talante y gestión de los marinos ilustrados.

A Fernández de Navarrete se le ha contemplado desde muy diversas perspectivas, pero siempre enfocado a su trayectoria de historiador, erudito, literato o polígrafo, dejando en un plano secundario no pocas veces, su condición de marino, con olvido que es desde este noble oficio donde se proyecta a sus tareas culturales, y a fe que en su hoja de servicios profesionales pueden encontrarse situaciones más que convincentes que avalan tal condición, pues se encuentra inmerso en todos los eventos bélicos navales más importantes de los últimos veinte años del siglo XVIII. Primero a las órdenes de Luis de Córdoba, después a las de Mazarredo, más tarde bajo la dirección de Ciscar y por último con Lángara que le distinguiría con su afecto y protección hasta el extremo de nombrarlo su secretario durante su permanencia como Ministro de Marina. Pero no adelantemos acontecimientos.

Mazarredo, Ciscar, Lángara; prototipos de marinos ilustrados en una trascendente nómina de personalidades del siglo de las luces. No es por tanto extraño que Fernández de Navarrete, que ya había iniciado en su primera juventud su vocación literaria publicando dos cartas en el periódico madrileño «El Censor» y un elogio póstumo a la muerte del Conde de Peñaflorida, siguiese aguas de sus esclarecidos maestros. Porque en el marino ilustrado su gestión se define en una excelente obra de artesanía científica o cultural compatible -y en algunos casos consecuencia- de la misión profesional que tienen encomenda-

da, manteniéndose una armonía equilibrada con cada individuo situado en el lugar que le corresponde, perfectamente encajado y preparado adecuadamente para cumplir su fin. Así, las críticas que formulan a los propios soportes básicos de la Marina, no plantean su desvinculación o su abandono, sino que por el contrario buscan fórmulas de mejoría y saneamiento que ellos mismos captan y conciben, incluso si es preciso, incorporando los elementos necesarios de novedad que hagan posible su asentamiento. Y es lógico que aunque constaten sus defectos, no podrán concebir una marina marginada o secundaria en sus planteamientos, y por eso anhelan la recuperación de su papel esencial. Ciertamente que en muchos casos pretenden corregir zahiriendo o fustigando alzándose contra lo anodino y lo mediocre, pero ello no será más que la expresión sin reparo de su amor a la Institución.

Los marinos ilustrados estructuran sus propios esquemas que habrán más tarde de desarrollar en tareas de revisión y reorganización, depurando, agilizando, sustituyendo, revitalizando..., estableciendo desde causa a efectos una escala de valores en los que descansan los resultados y consecuencias de la revitalización, porque estos marinos -y esto parece incuestionable- tenían una visión panorámica muy globalizada de los problemas nacionales, lo que implicaba un objetivo de fusión y coherencia de las diversas partes del todo, porque como ha escrito el ilustre Palacio Attard, «hasta los más acérrimos defensores del tradicionalismo no desdeñaron nunca el progreso material y las ventajas introducidas en el siglo por los adelantos de la técnica y la ciencia Europea».

El marino ilustrado y -Fernández de Navarrete lo es «cum laude»-, posee ante nada espíritu de misión, tal vez conciencia de su destino histórico, y aunque parezca contradictorio, no es político, en el sentido que habrán de serlo muchos de sus legatarios del siglo XIX. No hacen política, ya que en ella no se puede ir de espontáneo sino que es preciso poseer una formación profunda y sacarle un buen uso. Nuestros marinos la tienen pero no la aplican. Les basta con moverse en el ambiente militar, sin desdeñar por ello su formación intelectual y científica de la que en su momento habrán de dar cumplida prueba. Hay además un sentimiento que enraíza estos hombres en profundidad como notas distintivas de una preocupación común. Les duele España y con España les duele la Marina que es medio esencial para su engrandecimiento. Lo saben y lo asumen desde una actitud personal en la que prima un raro sentido de búsqueda de perfección corporativa. Tal vez influya en sus líneas de conducta las frases de Campomanes de que «una nación vigilante y despierta, cuyo pueblo esté instruido y ocupado en las artes de la guerra y la paz, mientras permanezca unido a tales máximas, no tiene que recelar de sus enemigos».

El escritor militar o marino, está inmerso en el ambiente literario de su tiempo y es influenciado por él. Por ello sus ideas y formas de expresión estarán atemperadas a sus formas y modos dominantes.

Ideas que siempre requieren ser confirmadas con una actuación en experiencia, ya sea práctica o teórica, condiciones que concurren plenamente en la fecunda tarea investigadora y esclarecedora de Fernández de Navarrete, en aquellos trabajos de largísimos títulos y enjundiosa gramática que conforman su trayectoria intelectual, y al que puede aplicársele las cualidades del escritor militar que Baltasar Gracián señalaba: «sutileza en el pensar, elegancia en el decir, artificio en el descubrir y profundidad en el declarar». El lenguaje directo de Don Martín, a tono, muchas veces con el laconismo de una orden de operaciones, la metódica exposición y la claridad, son características de su estilo, un estilo «quintaesenciado» de rasgos inconfundibles.

De aquí que para el análisis de la trayectoria profesional de Fernández de Navarrete, no sea preciso acudir a la hipérbole o a la retórica. Para que haya retórica en una semblanza es preciso que haya énfasis en el modelo, y Fernández de Navarrete es todo lo contrario al énfasis. El seguimiento de su hoja de servicios como miembro de la Real Armada, pide una prosa sencilla y sin retruécanos; su conducta disciplinada y consecuente rechaza las palabras hiperbolizadas y excluye cualquier signo de adulación.

Sigamos con el Fernández de Navarrete marino y sus actuaciones en el marco de lo profesional. Cuando sienta plaza en Ferrol como guardiamarina en la Real Compañía de aquel departamento, aún reina Carlos III y se mantienen los vestigios de una marina fuerte y prestigiosa. En el año siguiente se embarca en el navío *San Pablo* de la escuadra de Luis de Córdoba realizando la campaña del Canal de la Mancha. Tiene sólo 16 años pero el alma templada en la rudeza de la vida a bordo. Son años de lucha contra Inglaterra, de la reconquista de Menorca por el Duque de Crillon al frente de una expedición de 12.000 hombres y del cerco y ataque a Gibraltar, con aquellas baterías flotantes del francés D'Arçon de las que se pensaban podían rendir la plaza y de las lanchas cañoneras de Barceló, que surgieron un mayor efecto, aunque de nuevo la escuadra inglesa pudo abastecer la ciudad. En esta importante acción tomó parte Fernández de Navarrete como Guardiamarina en unión de su íntimo amigo y compañero de graduación Vargas Ponce, otro de los marinos, escritores e investigadores de alcurnia que está pidiendo también a gritos una revisión de su vida y su obra y un justo homenaje a una y otra.

A comienzos de 1783 se firmó la paz con Inglaterra en el Tratado de Versalles y Fernández de Navarrete ya ascendido a alférez de fragata disfrutó de una licencia en Vascongadas para reponer su quebrantada salud. Pero en 1784 ya está de nuevo a bordo de la fragata «*Santa Catalina*» con la que realizó varios cruceros de curso por el Mediterráneo y una misión diplomática en Argel a las órdenes de Mazarredo. La política de Carlos III y sus ministros se orientaba a aminorar las piraterías de marroquíes y berberiscos, contrarrestados por otra parte por las acciones de la flota española que suponía un constante y notorio peligro para las costas norteafricanas. La expedi-

ción y ataque de Barceló en julio de 1874 puso en evidencia las dificultades para el entendimiento aunque finalmente y aún en tiempos de Carlos III, se llegó al mismo.

En 1786 Navarrete fue nombrado ayudante de la Compañía de Guardiamarinas de Cartagena, completando su formación científica bajo la dirección de D. Gabriel Ciscar, intensificando sus estudios en las matemáticas superiores, la astronomía, la navegación y el arte naval, lo que no le impidió colaborar en el Semanario Literario de Cartagena donde publicó artículos y poesías. Desde su nombramiento como teniente de fragata recibió el encargo de investigar sobre la Marina Española comenzando por la biblioteca recién creada por el Ministro Valdés en la isla de León, así como extendiendo sus investigaciones a la Biblioteca Nacional de Madrid y otras de la corte y diversos monasterios así como archivos particulares, pero no es éste el aspecto que tratamos en esta comunicación.

Hay un paréntesis hasta 1793 en que Don Martín permanece ajeno a las cubiertas de los buques y al fulgor de los combates. Son años en que consagrado a su labor de investigación históricas se le admite como socio de número en la Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid, y los de su ingreso en la Real Academia de la Lengua y la de Nobles Artes de San Fernando. El almirante Martínez Valverde que ha trazado con excelente capacidad de síntesis su biografía en la Enciclopedia del Mar, dice que «las corporaciones científicas y literarias se disputaban tenerlo entre sus miembros». En su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua trató sobre la formación y progreso del idioma castellano y sobre la necesidad que tienen la oratoria y la poesía del conocimiento de las voces técnicas y facultativas. Con ello no perdía de vista el lenguaje y los modismos marineros de los que llegaría a ser un consumado intérprete.

En 1793 se declara la guerra entre España y Francia a consecuencia de los excesos de la Revolución que culminan con la ejecución de Luis XVI (primo de nuestro Carlos IV) en la guillotina. Durante buena parte del siglo, los pactos de familia han convertido a España y Francia en aliadas de su lucha tradicional y secular contra Inglaterra, pero ahora se quiebra esta alianza, aunque más tarde de nuevo volverá a concertarse, nada menos que con los mismos revolucionarios a los que ahora se combate. Pero la guerra de 1793, tiene sobre todo el aspecto de cruzada antirrevolucionaria contra los excesos de la Convención y comienza bien para nuestras armas. La campaña de ese año es favorable para los generales Ricardos y Caro, que repasaban con éxito la frontera oriental y occidental de los Pirineos, pero en la de 1794 las circunstancias varían y van cayendo en manos francesas Figueras, Puig Cerdá, Irún, San Sebastián, Bilbao y Vitoria, llegando a cruzar los franceses el Puente de Miranda de Ebro. Fernández de Navarrete había pedido al Rey volver al servicio activo de las armas, pero se le dijo en principio que continuase al cuidado de las letras en las que cumplidamente se desenvolvía. Una mayor insisten-

cia por su parte le valió su vuelta a bordo de la fragata «*Santa Catalina*», transbordando más tarde al navío «*Concepción*» perteneciente a la escuadra del general Lángara, su amigo y protector. Lángara reunió bajo su mando los barcos que traía Gravina desde Ferrol para reforzar a la del océano empleada en las operaciones del Rosellón y en el socorro a los realistas franceses de Tolón en el que también participa la flota inglesa del almirante Hood. En el encarnizado duelo artillero entre lanchas cañoneras y buques ingleses y españoles contra las baterías en tierra del ejército de la Convención, destaca la pericia de un joven oficial de artillería, Napoleón Bonaparte y el navío español «*San Juan Nepomuceno*» conoció de sus impactos en la defensa de la plaza, arsenal y puerto de Tolón contra los ataques de las fuerzas revolucionarias los aliados realizaron audaces salidas, distinguiéndose en todo las fuerzas de Marina, pues marineros y artilleros de la escuadra de Lángara son los que clavan las piezas, destruyen las cureñas e inutilizan las municiones de los republicanos. La situación sin embargo se hará crítica para los aliados al haber conseguido los convencionales siguiendo los inteligentes planes de Napoleón, llevar sus baterías para batir los fondeaderos de la escuadra aliada, de tal modo que su permanencia en ellas, siendo la base de su fuerza embarcada, se hacía del todo punto imposible. Pero Gravina que se resistía a abandonar el Tolón, propone valientemente un contraataque mandado personalmente por él mismo y herido como estaba, amarrado a la silla de su caballo.

De todas las vicisitudes de esta campaña y del reembarque aliado, dará cuenta Fernández de Navarrete, comisionado para tal efecto, en la Corte de San Ildefonso y ascendido a capitán de fragata, es nombrado ayudante primero de la escuadra y secretario de su Comandancia General. En tan importantes puestos toma parte en marzo de 1794 en el bloqueo de la escuadra francesa en el puerto de Rosas, ascendiendo a capitán de navío por los méritos contraídos en tal campaña, en las que tanto destacó la estrategia naval de Federico Gravina.

Otro nuevo buque, el «*Reina Luisa*», es el habitáculo de Fernández de Navarrete que en su trayectoria profesional continúa la campaña ante las costas de Cataluña, evitando que los franceses puedan reforzar su ejército y al ser nombrado Lángara capitán general del Departamento de Cádiz, lo incorpora de inmediato a su secretaría. En Cádiz conocen las noticias de la firma de la Paz de Basilea, que tanto reforzó la posición de Godoy y en Cádiz saben también de la declaración de guerra a Inglaterra, que aunque aliada con España en la lucha contra la Convención, seguía mostrando su hostilidad hacia la navegación y posesiones españolas en Américas. Es interesante consignar que España empezó esta guerra con un despliegue general de fuerzas en todos los teatros de operaciones, utilizando para ello las capacidades de sus más distinguidos marinos. Álava fue a Filipinas con su pequeña escuadra; Solano, Marqués del Socorro estaba en el Golfo de Méjico; Aristizabal en las Antillas; en América Central entre Cartagena y Trinidad patrullaba la escuadra de Sebastián Ruiz de Apodaca, Lán-

gara volvía a mandar la escuadra del océano y Morales la del Mediterráneo, mientras que navíos sueltos y embarcaciones menores ocupaban puntos concretos como Montevideo, Guayaquil y San Blas. En total se armaron casi 150 buques, un tercio de los cuales fueron navíos de línea y otros tantos fragatas. El esfuerzo es impresionante. Hay que reconocerlo y no tiene paralelo en la historia de España.

De esta campaña es el famoso combate del cabo de San Vicente (14 de febrero de 1797) y la pérdida de Trinidad 5 días más tarde, en la que no salen bien paradas las fuerzas navales españolas, pero Lángara es Ministro de Marina desde finales de 1796 y Fernández de Navarrete sigue con él como ayudante y en la plaza de oficial tercero de la Secretaría, donde presta también su colaboración a los planes que se proyectan de reforma y reorganización de la Aranda. Lángara será quien recogerá las ideas de Valdés y Malaespina, de crear un depósito hidrográfico, precisamente en ese año de 1797 y Espinosa, Bauzá, Fernández de Navarrete y otros hombres de reconocida competencia se encargan de la dirección de este establecimiento de carácter científico pero de connotaciones prácticas inmediatas.

La Paz de Amiens en 1802 coge ya a Fernández de Navarrete entre sus legajos y manuscritos, y toda la variopinta cartacoteca del Depósito Hidrográfico. Ya en 1800 ha sido admitido como Académico de la Historia versando su discurso de ingreso sobre el arte de navegar en España. Precisamente en la Real Academia de la Historia, última de las tres academias oficiales de la época en la que ingresa, es donde tiene una actuación más brillante y destacada -y seguramente se nos hablará con mayor autoridad de ello a lo largo de este ciclo-, siendo director desde 1825 hasta 1844, año de su muerte. No vamos a traer aquí los copiosísimos frutos de su obra como historiador, porque seguimos situados en su trayectoria como marino.

Y dentro de ella, en las vísperas de la invasión francesa, fue nombrado ministro contador fiscal del Supremo Tribunal del Almirantazgo, creado en ese año por Godoy y del que era obra predilecta. Los sucesos del 2 de mayo madrileño le cogieron desempeñando tal destino, pero se negó a presentar juramento al rey intruso, que no obstante a instancia de Mazarredo -afrancesado para bien de España, (y de esto habría mucho que hablar)- intentó atraerlo a su causa nombrándolo Consejero de Estado e Intendente de Marina, cargos que naturalmente no aceptó, justificando su negativa al juramento con estas hermosas frases: «En estas circunstancias todo lo que puede exigirse de mí es que sea un ciudadano pacífico, y bajo estas consideraciones renuncio a todos los empleos que puedan forzarme a ir contra estos principios de honor, de patriotismo y de sana moral».

A fines de 1812 logró escapar de Madrid, después de sufrir toda serie de ingraticudes y vejaciones y presentado en Sevilla y Cádiz, sus Juntas le encomendaron diferentes trabajos históricos, y en 1814 expulsados ya los franceses, vuelve a Madrid, siendo el encargado por

la Real Academia Española de la redacción del mensaje de felicitación elevado al regreso de Fernando VII.

En el sexenio absolutista que va desde la vuelta de Valencay al alzamiento de Riego, y en el trienio constitucional, Fernández de Navarrete está de lleno consagrado a sus tareas de investigación histórica y literaria, pero al revocarse en 1823 el régimen liberal y tener que emigrar el director del Depósito Hidrográfico Felipe Bauzá, perseguido por la reacción, para dar a aquel organismo un carácter apolítico y que siguiera desempeñando su importante labor, fue nombrado director Fernández de Navarrete que había sido uno de sus fundadores como es sabido. Aceptó el cargo significando que quería hacerlo con carácter interino, esperando que calmadas las aguas de la situación política pudiera volver Bauzá a ocuparlo y sólo lo aceptó en propiedad una vez que Bauzá falleció en Londres. Ya el Depósito Hidrográfico va a ser el soporte de sus últimos pasos profesionales, pero íntimamente ligado a los demás trabajos de su copiosa producción. Con su salud seriamente quebrantada acudía diariamente al Depósito Hidrográfico, pues incansable en su actitud solía repetir que «el hombre ha nacido para el trabajo y no pudiendo trabajar debe morir». Y la muerte le sorprendió, con las alforjas totalmente llenas y la parábola evangélica de los talentos, ampliamente superada. Del legado de su obra y el espíritu constructivo sobre la que se cimienta nos hablarán los siguientes ilustres conferenciantes.

De cómo trabajó en la historia de los descubrimientos, posiblemente su obra fundamental, de cómo esa colección de viajes que hicieron los españoles desde fines del siglo XV, constituye unos de los tesoros más estimables de este Museo Naval, y cuál fue su auténtica y valiosa aportación a la Real Academia de la Historia que con tanto acierto dirigió. Toda esta materia programada en este ciclo, os llevará al conocimiento de su auténtica figura en conferencias, a buen seguro, de mucha mayor altura que la que ahora habéis tenido la amabilidad de escucharme. A mí sólo me queda para terminar, recordar la frase de Jean Sarrail de que «gracias al esfuerzo gigantesco de un puñado de hombres ilustrados y resueltos, que con todas las fuerzas de su espíritu y todo el impulso de su corazón, quisieron dar prosperidad y dicha, cultura y dignidad a su patria, ésta conoció de días esplendorosos». A esta generación de escogidos, perteneció el marino Fernández de Navarrete.